

Dossier. “Las Elecciones en los Estados Unidos”



Eduardo Kragelund *

Reelección de Obama: ¿“Lo bueno está por llegar” o las esperanzas volverán a naufragar?

Cuando Barack Obama anunció su victoria lanzando por Twitter el mensaje “four more years” (cuatro años más), el mundo pareció sentir un alivio al saber que el republicano Mitt Romney no había logrado alojarse en la Casa Blanca.

Por una vez, al menos, la preferencia de los estadounidenses coincidió con la de la mayoría de los habitantes del planeta. En los comicios del 6 de noviembre, ocho de cada diez personas apoyaba la reelección del presidente demócrata, según un sondeo de Gallup en 30 países de diferentes credos e ideologías. Eso no significa un cheque en blanco a la intervención solapada, como

sucedió con los golpes de Estado en Honduras y Paraguay o con las maniobras destituyentes en Ecuador, ni mucho menos un aval a promesas incumplidas, como el cierre del campo de concentración en la base militar de Guantánamo. Pero si muestra a las claras que hay una percepción muy diferente entre el multilateralismo de Obama, que privilegia la diplomacia y las presiones en su política exterior, y el unilateralismo de Mitt Romney, quien criticaba a su adversario por no lanzar a los marines contra Irán para conjurar su desarrollo nuclear. Por algo hasta el propio presidente de Venezuela, Hugo Chávez, decía que “si fuera estadounidense, votaría por Obama”.

En este marco se puede afirmar sin riesgo a equivocarse que la reelección del mandatario estadounidense es, en términos comparativos, una buena noticia para el mundo. En las urnas fue derrotada la idea mesiánica de que Estados Unidos es el ejecutor del derecho divino y el tramposo concepto neoliberal de que favoreciendo a los más ricos se termina ayudando a los más pobres, como tanto le gustaba pregonar al multimillonario Romney. Triunfó, en cambio, una política exterior que, sin descartar en absoluto la opción militar, ofrece una mayor estabilidad al buscar alternativas de consenso y cooperación, y una política económica que prioriza el crecimiento y desecha la recesión como fórmula básica para abatir la crisis.

En busca de la historia

Se suele decir que los presidentes estadounidenses aprovechan su segundo mandato para dejar su impronta en la historia. A algunos les fue bien, como a Ronald Reagan con su negociación con Mijail Goorbachov, y a otros mal, como a Bill Clinton con su fallido intento de establecer la paz entre israelíes y palestinos. Pero lo cierto es que al no tener más posibilidades de prolongar su estadía en la Casa Blanca, los mandatarios se sienten con las manos más libres para desarrollar su política exterior.

* Secretario de Redacción. Agencia de noticias Télam - kragelundonline.blogspot.com.ar. Contacto: e.kragelund@yahoo.com

Obama podría sentirse menos presionado por Israel, por ejemplo, para buscar una salida al candente problema con Irán, un conflicto que correría grandes riesgos de desembocar en una hecatombe nuclear en manos del extremismo republicano. Del mismo modo, el presidente podría hacer gala de su conocida prudencia al redimensionar la simplista trama de aliados y enemigos que dejó la Guerra Fría y el desenfreno bélico de su antecesor, George W Bush, para encarar los problemas que enfrenta. En tablero aparecen conflictos puntuales, tan volátiles como difíciles, que demandarán su atención, como el caso sirio y las secuelas de la “Primavera Árabe”. Pero junto a ellos hay temas más estructurales, entre los que destacan la siempre compleja relación con Moscú y con Beijing, el mayor tenedor de deuda estadounidense que en cuatro años podría convertirse en la primera potencia económica del mundo, según la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE).

El último orejón

Para muchos es lamentable que América Latina sea el último orejón del tarro en los planes de Obama. Así sucedió en su primer mandato y no hay señales de que vaya a cambiar. El mandatario ni siquiera mencionó a Latinoamérica durante su agitada campaña por la reelección. Hasta Cuba, que durante la Guerra Fría fue quizás el enemigo más crispante de Washington, aparece relegada por Irán, Medio Oriente, Afganistán, China e incluso la crisis europea.

Sin embargo, el hecho de no estar entre las prioridades de la Casa Blanca puede resultar beneficioso para una región que fue ganando espacio con un abanico de gobiernos democráticamente electos que van desde el progresismo de Brasil y Argentina hasta posiciones más radicales como la de Bolivia y Venezuela. El tristemente famoso “patio trasero” de Washington ya supo aprovechar esta política de relativa indiferencia, sobre todo si se la compara con el Consenso de

Washington. El surgimiento de la Unión de Naciones Sudamericanas (Unasur) y de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac) es quizás el mejor ejemplo de esta también relativa autonomía ganada, en buena medida, a fuerza de mucha muñeca. Si se exceptúa México y Centroamérica, embarcados en una guerra tan sangrienta como inútil contra el narcotráfico, el resto de la región ha salido ganando. Brasil es el que aprovechó más esta suerte de olvido. De la mano de Luiz Inácio Lula da Silva y de Dilma Rousseff, se convirtió en la sexta potencia económica del mundo, por encima de Gran Bretaña, y junto con Argentina y el Mercosur fue urdiendo una política regional independiente, que contiene a todos sin excepciones, pero que a la vez se perfila como moderada.

Ese es el mensaje que ha estado enviando Brasil a Washington: no hay nada que temer. Y eso lo sabe Obama. Como mucho le preocupa el avance de China, esa gran aspiradora de materias primas que está en vías de convertirse en el principal socio comercial de la región, desplazando a Estados Unidos, como ya lo hizo en su intercambio con Brasil y Chile.

Los méritos demócratas

Donde sí esperan cambios es en el interior de Estados Unidos. La reelección de Obama fue contundente. No tanto por los números -50% para el mandatario, que obtuvo unos tres millones de votos más, y 48% para Romney-, sino por su significado.

Buena parte de la victoria del líder demócrata se debe a la sagacidad de su campaña para identificar los cambios en el mapa electoral, tanto en composición como en contenido. Y uno de esos cambios es el demográfico, donde el crecimiento de las minorías ha ido relegando a la tradicional mayoría blanca. Concretamente, los latinos, quienes contribuyen a la mitad del crecimiento de la población estadounidense, los negros y los asiáticos constituyen actualmente el 25% del

electorado, a los que se suman el resto de las mujeres y los jóvenes.

Obama puso su mayor esfuerzo en reforzar y movilizar esa suerte de frente multiétnico y de género que lo instaló en la Casa Blanca en el 2008. Y los resultados quedaron a la vista: 8,5 de cada 10 votos de esos sectores fueron a su urna y sumaron el 40% de los sufragios que recibió. Romney, en cambio, obtuvo un claro respaldo de los votantes blancos, en particular de los mayores de 65 años, pero no le fue suficiente para contrarrestar el “aluvión zoológico” que está modificando políticamente a Estados Unidos.

Consciente de que en su primer mandato sólo había logrado ponerle un piso a la crisis frenando la caída en picada desatada por Bush –un mérito muy loable en términos económicos si se tiene en cuenta la hostilidad republicana, pero difícil de “vender” en términos electorales-, Obama hizo eje en las esperanzas frustradas. Además de defender uno de sus escasos logros, la reforma sanitaria para dar cobertura médica a 50 millones de estadounidenses, sostuvo el papel del Estado como motor de la incipiente recuperación económica, ratificó la decisión de poner fin a una década de guerra y reivindicó la necesidad de una reforma migratoria que acabara con el drama de 11 millones de indocumentados.

Apelando a aquello de mejor malo conocido que bueno por conocer –“ustedes me conocen, saben quién soy”, repetía en la campaña-, el presidente se mostró como el dirigente capaz de encarnar los cambios que está viviendo el país, una sociedad joven cada vez más multicultural y multiétnica. Sus mismas raíces –un abogado negro de Chicago, hijo de un keniano y una blanca de Kansas que nació en Hawái y se crió en Indonesia- lo ayudaron a convertirse en un símbolo de la diversidad de su electorado.

La ayuda republicana

Pero no todos los méritos fueron del presidente y sus asesores. Romney y la radicalización del Partido Republicano contribuyeron también para que Obama se convirtiera, luego de Clinton, en el segundo demócrata que logra reelegirse desde la II Guerra Mundial y el primero que gana una reelección desde 1930 con casi el 8% de la población desempleada, lo que equivale a casi 24 millones de trabajadores en la calle y alrededor de 100 millones de personas afectadas.

Eufóricos con la victoria lograda en las elecciones legislativas del 2010, los republicanos imaginaron los comicios presidenciales como una suerte de referéndum sobre la economía y para ganarlo escogieron la trinchera más radicalizada de la ultra derecha. Se olvidaron de las quiebras de Wall Street, de los millones de desocupados que dejó la falta de una regulación adecuada de los mercados, y se lanzaron a cantar loas a la “eficacia” económica. El Estado fue convertido en un sinónimo de demonio que obstaculiza el crecimiento y condiciona las libertades individuales en aras de velar por los derechos colectivos. La clave era reducirlo a su mínima expresión, depositar el destino de la sociedad en el libre albedrío de los mercados y que sobreviviera el más fuerte, propuesta darwiniana que calzaba a la perfección con el fervor antisolidario y supremacista del Tea Party.

Romney, un mormón que había sacado patente de centrista durante su exitosa gobernación del estado de Massachussets, hizo todo tipo de malabares para erigirse como el paladín de las libertades que favorecían a las grandes corporaciones y fortunas, y a la vez oponerse a otras de creciente demanda en la sociedad, como la de abortar, contraer matrimonio con personas del mismo sexo o consumir marihuana. Para colmo, la historia del candidato republicano como empresario contrastó con la honestidad y coherencia que se le atribuye a Obama. El político que prometía generar millones de empleos era el gran ejecutivo que había aprovechado la crisis para hacerse

multimillonario desguazando empresas o cerrándolas para reabrir las en el extranjero.

El resultado fue un candidato veleta. Pese a haber gastado en la campaña 500 millones de dólares más que su oponente, las oscilaciones tuvieron su costo: terminaron generando incertidumbre tanto en la extrema derecha como en los sectores más “blandos” de los republicanos. Y ni hablar del rechazo que provocaron entre los latinos, las mujeres y los jóvenes las posiciones contra los inmigrantes, los derechos de la mujer y la igualdad de sexo.

Cambiar de caballo

Lo cierto es que los estadounidenses no tenían suficientes motivos para cambiar de caballo a mitad del río. La mayoría está preocupada por la economía, pero sabe que hoy no estaría viviendo los primeros síntomas de recuperación si se hubieran dejado caer sectores claves -el automovilístico, por ejemplo-, tal como proponía el candidato republicano. La mayoría, también, se siente conforme con su comandante en jefe, quien mientras terminaba la guerra de Irak y comenzaba a retirar sus tropas de Afganistán no dudó un segundo en aprovechar la oportunidad de emboscar y acribillar a Osama Bin Laden. La mayoría, en suma, votó por Obama. Quizás como un mal menor, con menos ilusión que en el 2008, pero le dio la segunda oportunidad. Así y todo, Romney, el candidato que propuso mantener las reducciones impositivas a los más ricos e incrementar los impuestos a los más pobres para incentivar la actividad económica, fue respaldado por casi la mitad de las personas que votaron.

Esta división quedó graficada en el parlamento, donde cada uno se quedó más o menos con lo que tenía: los republicanos con la Cámara de Representantes y los demócratas con el Senado. Visto del punto de vista de la cantidad de bancas, Obama volvería a estar en serios aprietos, tal como sucedió durante su primer mandato, cuando los republicanos se dedicaron a boicotear cuanto proyecto presentara el demócrata. Sin

embargo, los republicanos deberán pensar lo que van a hacer. Para ellos, la paridad parlamentaria tiene un sabor amargo. No sólo no lograron el control de ambas cámaras, como preveían, sino que los que se quedaron fuera de la legislatura eran casi todos del ala más derechista del partido. El Tea Party, con su neoliberalismo a ultranza en lo económico y su fobia a los derechos civiles de las minorías, sean raciales o de género, fue el gran perdedor.

Con dos derrotas al hilo en la lucha por la presidencia y un congreso dividido, pero con un tinte bastante menos conservador, el establishment del llamado Grand Old Party probablemente revisará los logros de estrategia extremista y meditará sobre la conveniencia de opciones más moderadas y tolerantes, tanto en lo económico como en lo social.

Pero mientras esto sucede, los estrategas demócratas piensan que hay que avanzar sin contemplaciones. “Manténgase en sus trece, señor presidente. Ningún acuerdo es mejor que un mal acuerdo”, recomendó Paul Krugman, premio Nobel de economía 2008.

La primera gran pulseada entre demócratas y republicanos culminará el 1ro. de enero, cuando se suspenderían restricciones impositivas y entrarían en vigor severos recortes si ambos bandos no llegan a un acuerdo sobre la política económica a seguir. Para algunos, como Krugman, el mandatario debe salirse con la suya aunque sus adversarios inflijan daño a una economía que apenas comienza a repuntar. Para otros, no habrá más remedio que ceder, aunque sea parcialmente, al chantaje republicano para evitar que el país vuelva a caer en la recesión. Obama, en definitiva, tendrá la última palabra. Deberá decidir si “lo bueno está por llegar”, como prometió en la noche de su reelección, o si de nuevo ahogará en